

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

8 de mayo de 2005.

Mateo 28, 16-20

1.- Una nueva y perfecta presencia de Cristo. La poesía ha contrariado a la teología cuando afirmó: “*Y dejas Pastor Santo...*”. A partir de ese momento la presencia de Cristo es más perfecta y viva. La Resurrección le permite trascender una época de la historia para asumirla toda. No deja de estar presente aunque los hombres no lo distinguan sino por signos muy humildes. La Eucaristía que celebramos diariamente lo trae de la eternidad y lo introduce entre los márgenes de nuestro huidizo tiempo. Cristo está entre nosotros, se solidariza con nuestras esperanzas de perdón y resurrección, se hace Camino y compañero de ruta. Para identificarlo se necesita estar atentos al anuncio - de su presencia - expresado en las palabras y gestos de sus auténticos testigos. No me complace ser escuchado o leído como un columnista de asuntos religiosos. El Pastor es un evangelizador y, por ello, el autorizado testigo de la presencia de Cristo. Su misión es comunicar la buena noticia – la mejor – de la presencia viva del Redentor y la posibilidad de relacionarse con Él. Constituye un sereno, claro e imperioso llamado a prestar atención y a obedecer a Dios. Aunque se produzca una guerra ensordecedora tendiente a enmudecerlo, o a sumergirlo en la indiferencia, el anuncio debe ser mantenido con valor. El secreto de la perseverancia manifestada por la Iglesia, a través de su multiseccular historia, consiste en la fidelidad al mensaje recibido. Difícil y consolador mensaje; percibido desde la oscuridad dolorosa de la fe y en el gozo pascual de saberlo verdadero. La Ascensión no es una despedida, es el origen de un nuevo trato, la invitación a una silenciosa comunión con Jesucristo que hace posible la construcción del Reino y su siempre cercana terminación.

2.- Como minas explosivas. Es deshonesto ocultar su presencia por causa de la incomodidad de conformar, desde ella, un recto comportamiento personal y social. La insistencia en mantener el estado de corrupción generalizada - que nos aflige - actúa de elemento destructor de todo intento por resolver problemas y formular verdades. El cambio interior es como la sanación de la raíz del árbol enfermo. Si no se decide resulta inútil cualquier empeño de auténtico progreso. De la raíz enferma proceden los frutos contaminados. Da la impresión que éstos aparecen diseminados en el campo social como minas explosivas. De allí que el progreso técnico y científico se muestre a veces inhumano o moralmente indiferente. Al humanizar toda actividad, en el amplio espectro del trabajo intelectual y manual, en el arte y en el empeño por establecer un orden convivencial coherente, se vislumbra un plan superior. Dios ha pensado al hombre y, la concreción de esa idea matriz, lo proyecta como imagen de su Creador. Lo que toca el hombre, con el respeto que merece la Creación, recibe una impronta humanizadora que se inscribe en el Plan de Dios. Es su administrador, el que le impone un sentido que ha sido ordenado por Dios. “*¡Dominen la tierra!*”- es la orden impartida por el Padre y Creador a nuestros padres. Su auténtica interpretación se expresa en el término bíblico utilizado: “*dominar*” es imponer un señorío que corresponde al hombre pero que no lo hace dueño sino imagen del verdadero Señor. Para ello es el mismo hombre quien debe estar sometido a su Creador. El pecado es la resistencia irracional y trágica a subordinarse a Dios. La persistencia del pecado desordena la Creación y hace, a quien lo comete – el hombre – responsable de conducirla al caos. Una verdadera hecatombe que indica la destrucción de todo lo auténticamente humano y de la misma ecología.

3.- Salud reproductiva y ética médica. ¿No corremos ese peligro? ¿No sufre un grave deterioro la humanización de las relaciones entre las personas y pueblos? ¿Son pautas auténticamente humanas las que se observan en la ciencia médica, en la técnica y en el ordenamiento jurídico de nuestra

modernas sociedades? Pienso específicamente en la llamada “*ética médica*” aplicada a simplificaciones ejecutadas en públicas campañas sobre “*salud reproductiva*”. La Iglesia pide honestidad en la información y profundidad en la correspondiente reflexión filosófica. Es grotesco el debate bullicioso sobre si profiláctico si o profiláctico no. La negativa de la Iglesia no está sostenida malabarísticamente sobre esos aspectos de la superficie, como se pretende en algunas contiendas mediáticas, sino sobre el don sagrado de la sexualidad humana y su responsable desarrollo. Ese debate profundo, que ciertas campañas deciden no abordar, reclama una educación sexual que evite la banalización de un tema ciertamente trascendente. Cuando el Papa Pablo VI se presentó ante la ONU como “*experto en humanidad*” confirmaba públicamente que la doctrina evangélica presenta una clara antropología o idea sobre el hombre. Las consecuencias éticas de la misma enfrentan muchos y poderosos adversarios. La Iglesia hace esfuerzos responsables por ponerse al día pero jamás traiciona la Verdad que ha recibido con gozo de su Señor y Maestro. No cede al relativismo predominante que exhiben los diversos exponentes del mundo de la ciencia y de la cultura. Está convencida - hasta el martirio – que el Evangelio, y la Verdad que entraña, es don de Dios y no producto de consensos filosóficos. No se considera con derecho a acomodarlo a cualquier viento de manipuleo irresponsable.

4.- Despertador de respuestas honestas. Es “*progresista*” al avanzar en la comprensión de la Verdad Revelada, no al negarla. No es “*conservadora*” – acepción peyorativa popularizada mediáticamente – si custodia la Verdad que le ha sido confiada. La garantía de su fidelidad es el Espíritu Santo, testigo insobornable de la presencia viva de Jesucristo, que desde Pentecostés se ha hecho cargo de la conducción del Pueblo de Dios hacia su perfección como Reino Celestial. El tiempo pascual, que aún celebramos, contribuye a acrecentar la conciencia creyente de que Cristo está resucitado y opera eficazmente en el mundo. Su misterio está introducido en el tiempo humano animándolo como oportunidad de respuesta al llamado. La tarea pastoral de la Iglesia es advertir de esa presencia y constituirse en despertador de respuestas honestas por parte de quienes se dejan interpelar por el llamado. El imperioso reclamo a un cambio del corazón señala el inicio de un proceso de auténtica renovación. A partir del mismo es posible proyectar un futuro superador de los lamentados errores del pasado y del presente. Si no se da, aflorará otra vez el viejo protagonista – me refiero al “hombre” que alberga cada hombre – que , en repetidas ocasiones, puso a la humanidad y al planeta al borde del caos.

5.- La Noticia más importante. A la luz del Cristo vivo y presente, todos los espacios marcados por la temporalidad constituyen el sumo interés de la Iglesia. No se mete donde no debe cuando proyecta a Cristo en las actividades y realizaciones variadas que el hombre – varón y mujer – debe protagonizar. No entrará en la contienda por el poder pero tiene la obligación de recordar – a quienes lo ejercen - que debe ser entendido como servicio humilde y fraterno. No siempre se hará cargo de la ciencia y de la técnica, pero, no le es permitido auto excluirse de la misión de señalar los límites morales que deben contenerlas. Así podríamos referirnos a la política, a la economía, al ejercicio de la justicia y al arte. Su fuerte proclama de que Cristo ha resucitado, e inyecta su eternidad en nuestra temporalidad, debe constituirse en la noticia más importante de todos los tiempos. Es ilustrativo recordar la escena de la Ascensión: “*Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo*”.^[1]

[1]

Mateo 28, 19-20.